

UNA PROMESA
EN EL FIN DEL MUNDO

UNA PROMESA EN EL FIN DEL MUNDO

SARAH LARK

Ilustraciones de Tina Dreher

Traducción de Susana Andrés



Barcelona • Madrid • Bogotá • Buenos Aires • Caracas • México D.F. • Miami • Montevideo • Santiago de Chile

Título original: *Eine Hoffnung am Ende der Welt*

Traducción: Susana Andrés

1.ª edición: marzo, 2017

© 2015 by Bastei Lübbe AG, Köln

© Ilustraciones de interior: Tina Dreher, Alfeld/Leine

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Printed in Spain

ISBN: 978-84-666-6039-6

DL B 1000-2017

Impreso por RODESA

Pol. Ind. San Miguel, parcelas E7-E8

31132 - Villatuerta-Estella, Navarra

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

LA TRAICIÓN

Teherán, Persia
Bombay, India
Pahiatua, Nueva Zelanda (Isla Norte)

Julio de 1944 - enero de 1945



*Campo de refugiados próximo
a Teherán, Persia*

—¿Dónde está Luzyna?

Adam, que vivía con sus padres en el lado oeste de los barracones, se plantó jadeante delante de Helena. Debía de haber llegado corriendo.

—Ni idea. —Malhumorada, Helena levantó la vista de su labor. Hasta entonces había estado sentada plácidamente al sol, contenta de haberse librado de la agobiante estrechez del barracón. El día anterior había estado lloviendo y no habían podido salir. La hermana de Helena se había quejado de que las normas del campamento le prohibiesen ir a ver a su amigo Kaspar a los barracones para hombres. Luzyna se había peleado con la muchacha de la cama

contigua a la suya y se había enfadado con la mujer de la cama de enfrente, que no dejaba de hablar sola. Por la mañana, Helena se alegró de que Luzyna por fin volviera al trabajo en la cocina del campamento. Pero ahora, Adam venía a perturbar su tranquilidad. Por lo visto, su hermana volvía a estar metida en algún lío.

—¿No está en la cocina? —preguntó Helena, desconcertada.

—Tenía que ir al médico —contestó el chico agitando la cabeza—. Eso al menos le dijo a la cocinera. —El campamento se hallaba junto a un pequeño hospital—. Al mediodía tenía que estar de vuelta. Pero hasta ahora no ha dado señales de vida, y eso que tiene que recoger la comida y repartirla. No puedo hacerlo solo, pero tampoco quiero delatarla. Bueno, si es que no está ahora con el médico... —Adam, un quinceañero de cabello rubio y fino, y con acné en el rostro, pasaba nervioso el peso de un pie al otro.

Helena suspiró. Siempre igual. Nadie quería poner a Luzyna en un apuro. Ella siempre encontraba a alguien que ocultaba sus trastadas o que se responsabilizaba de los errores que cometía.

—No tenía ninguna cita en el hospital —dijo Helena, al tiempo que recogía la labor. El delantal que había cosido a máquina en la clase de costura no le había quedado demasiado bien y, además, se le había manchado porque Helena continuamente se pin-

chaba los dedos con la aguja al coser los acabados. No cabía duda de que su talento no residía en los trabajos manuales—. A mí no me dijo nada de eso. Pero es todo un detalle que no la delates. Espera a que guarde la labor e iré contigo a echarte una mano.

Helena se puso en pie, entró en el alojamiento y parpadeó en medio de la penumbra de la gran sala solo iluminada por unos ventanucos. Puso cuidado en no tropezar con las pertenencias de otras ocupantes que había por el suelo de los angostos pasillos que discurrían entre las camas. En el barracón se apiñaba demasiada gente, los estrechos catres estaban tan cerca unos de otros que bastaba con darse media vuelta en la cama para incordiar a la vecina.

Helena se despertaba casi todas las noches porque Luzyna tenía un sueño inquieto. Como muchos refugiados polacos que tras su estancia en Siberia habían sido acogidos en Persia, su hermana sufría pesadillas. Aunque por fin estaban a buen resguardo, los recuerdos del pasado las perseguían. Antes de que los rusos invadieran su país en el otoño de 1939, después de que Stalin hubiese firmado el fatal pacto con Hitler, habían vivido como ciudadanos polacos irreprochables. Para rusificar totalmente Polonia Oriental, el dictador deportó a gran parte de la población polaca a los campos de trabajo de Siberia. Pero en junio de 1941, Alemania rompió el acuerdo de no agresión que había hecho posible la anexión

de Polonia Oriental. A continuación, para combatir a Hitler, Stalin se había visto obligado a unirse a los aliados, quienes habían puesto como condición que estableciera relaciones diplomáticas con el gobierno polaco en el exilio. Gracias a tales negociaciones se amnistió a los polacos que estaban en Siberia. ¡Helena y Luzyna eran libres! Junto con el recién creado ejército polaco, formado por antiguos deportados, las dos hermanas consiguieron llegar a Persia. El país estaba bajo el control de los aliados y los polacos disfrutaban del estatus de refugiados. No había nadie que atentara contra la vida de Helena y Luzyna en ese país de Asia Occidental, pero las muchachas todavía no habían superado las penurias de los pasados años.

Helena llegó al rincón que compartía con su hermana. Corrió la cortina improvisada con mantas con la que habían separado su diminuta área personal del dormitorio común y arrojó la labor sobre la cama. A continuación fue con Adam a la cocina del campamento. El sol se alzaba en lo alto por encima de las montañas nevadas, ya era más de mediodía y los cocineros tenían la comida preparada. Seguro que los refugiados ya la esperaban impacientes. Ahí en Persia, les daban tres comidas diarias y abundantes, lo que para ellos era como un pequeño milagro. En Siberia habían pasado años de hambre.

La cocina se encontraba a unos cien metros de los

alojamientos donde eran instaladas las personas. Un camino ancho y bien pavimentado condujo a Helena y Adam hasta allí. En realidad, el campo de refugiados respondía al proyecto de un cuartel de la aviación persa; los edificios centrales de ladrillo tenían un acabado mucho más sólido que los barracones. Los rodeaba un pulcro muro pintado de amarillo, no un desagradable alambre de púa como el que se había tendido a toda prisa para cercar los alojamientos. Las cuatro construcciones, sin embargo, no habían podido albergar a todo el flujo de refugiados, a quienes habían colocado primero en tiendas y luego en barracones levantados a toda prisa. En la actualidad, los cuarteles albergaban sobre todo los espacios públicos, como el hospital, la escuela y los talleres.

El ejército había puesto a disposición del campo de refugiados dos cocinas de campaña y una carpa en la que se cocinaba, cosas que los ayudantes de cocina encontraban sumamente agradables en el tórrido verano persa. Complacidos, se sentaban al sol, delante de la tienda o a la sombra del voladizo de la carpa, para pelar patatas o trocear los ingredientes del puchero. Tras los años de frío siberiano, disfrutaban con el menor rayo de sol. Naturalmente, todo sería más bonito si hubiera al menos un par de árboles o un parterre con flores. Pero nadie se había entretenido en embellecer aquel lugar; si bien la visión de las lejanas cumbres de las montañas Alburz, a cuyos

pies se hallaba el campo de refugiados, constituía todo un placer para la vista.

—¿Y la pequeña Luzyna? —preguntó uno de los ayudantes de cocina cuando Adam y Helena se presentaron para repartir el rancho. Dos jóvenes les entregaron, a ellos y a los demás repartidores de comida de los otros barracones, carretillas llenas de pesadas ollas de gulash y pasta—. ¿Ahora no le tocaba servicio?

Helena se puso tensa.

—Mi hermana ha tenido que ir al médico —murmuró.

El segundo ayudante rio.

—¡De médico nada! —exclamó burlón—. La he visto antes con Kaspar detrás de la cochera. ¿Habrá confundido el hospital con el taller de reparaciones?

Kaspar, a sus dieciocho años, era de los que ayudaban en el mantenimiento de los camiones en los que llegaban al campamento las provisiones y los nuevos refugiados. Cooperaba de buen grado, mientras que Luzyna detestaba trabajar en la cocina. En realidad, tampoco se había apuntado de forma voluntaria, sino que se había sometido de mala gana a la presión de su hermana mayor. Ahora faltaba siempre que podía y Helena se arrepentía de haberla forzado a hacer lo que no quería. Sin embargo, seguía pensando que la joven, con dieciséis años, tenía que hacer algo si ya no quería ir a la escuela ni se intere-

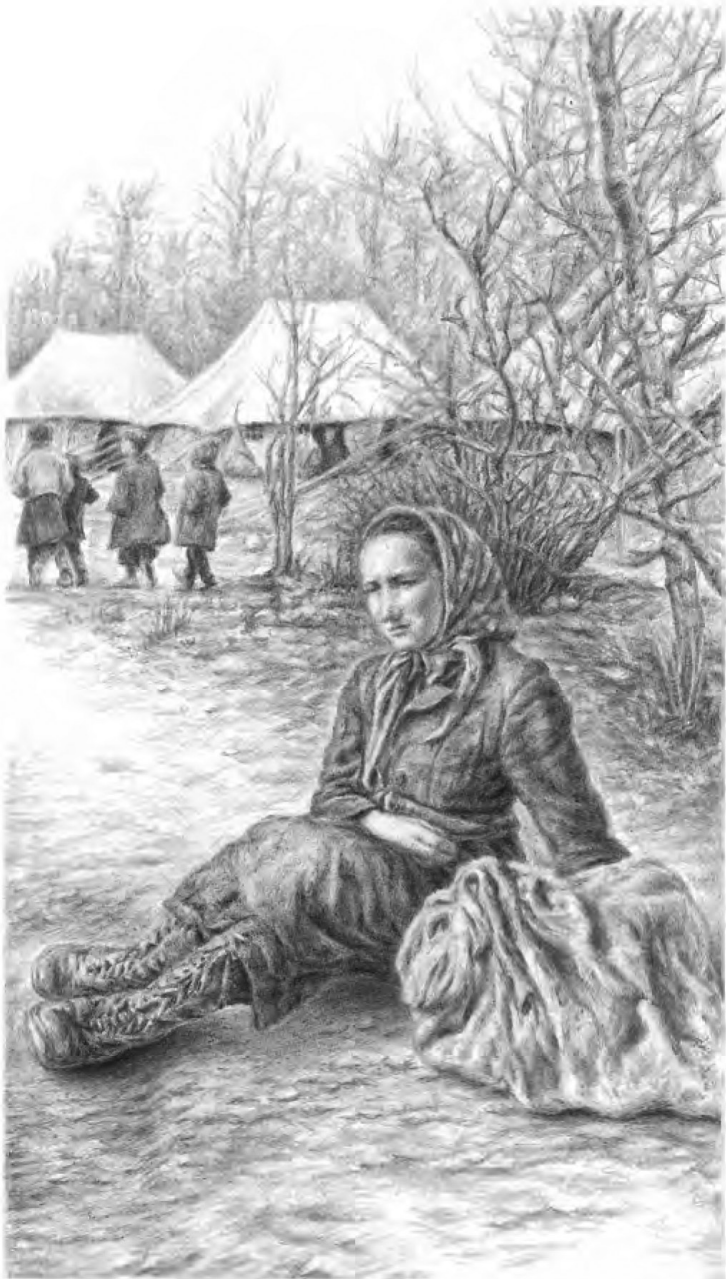
saba por adquirir una formación como costurera, algo que la misma Helena hacía a disgusto. Luzyna no quería ni mejorar sus conocimientos de inglés, ni aprender francés o persa. Parecía decidida simplemente a no hacer nada, salvo dejarse llevar por la corriente y disfrutar del supuesto paraíso al que habían ido a parar.

Helena miró alrededor antes de disponerse a empujar la carretilla de la que Adam tiraba. Para ella, ese campamento no era el paraíso, aunque fuese con toda certeza el mejor lugar al que habían llegado desde que las habían deportado de Polonia. Las imponentes cimas nevadas que se erigían entre colinas verdes y palmeras datileras la impresionaban menos que la visión de los tristes barracones y las calles del campamento pobladas de seres abatidos y desarraigados. Y si bien disfrutaba de las excursiones a la ciudad de Teherán, a tan solo cuatro kilómetros de distancia, se sentía extraña en la bulliciosa metrópolis. La amedrentaban el caos de las calles, los gritos que se lanzaban los conductores de coches y camiones, y los carros de burros y bueyes; y le producía inseguridad regatear en los bazares, la música estridente, las llamadas de los muecines desde las mezquitas y la gente con sus zaragüelles, las túnicas largas y esos extraños tocados en la cabeza.

Helena admiraba el fastuoso palacio del sah, pero no se volvía loca de entusiasmo como Luzyna ante

las elegantes tiendas de los sectores occidentalizados de la ciudad ni ante los vestidos de seda y los refinados maquillajes de las mujeres que paseaban por allí. No obstante, se avergonzaba de su modesto vestido de algodón cuando deambulaba por esas suntuosas calles. Habían distribuido ropa nueva entre los refugiados después de despiojarlos en el campamento de tránsito de la ciudad portuaria de Pahlavi. Pero los jerséis, vestidos y abrigos no solían corresponderse con la talla de quien los llevaba o eran demasiado gruesos para el verano persa. En comparación con las mujeres de Teherán, Helena se sentía como un patito feo, mientras que Luzyna, por el contrario, tenía el aspecto de una princesa aunque fuera vestida con un saco. La hermana menor ya era toda una beldad, y era muy consciente de ello. Luzyna estaba convencida de que un día el mundo se rendiría a sus pies. Nada en ella recordaba a la temblorosa criaturita que se había abrazado a Helena cuando los soldados rusos habían pegado al padre, insultado a la madre y arrancado a la familia de su espaciosa vivienda de Leópolis.

Helena todavía no lograba entender por qué Stalin los había expulsado de forma tan brutal de Polonia Oriental después de haber llegado a un acuerdo con Hitler sobre el reparto del país. Hasta entonces habían convivido pacíficamente con los ucranianos y bielorrusos que, en esa zona de Polo-



nia, representaban la mayoría de la población. El padre de la joven, dentista, los había tratado a todos por igual, y la madre también había dado clases de inglés y francés tanto a niños ucranianos como rusos. Pero los rusos declararon enemigos del pueblo a centenares de miles de ciudadanos polacos. Ninguno sabía por qué los sacaban de sus casas, los metían en vagones para transportar ganado y los llevaban hacia el norte.

La familia había pasado los dos años siguientes en la siberiana Vorkutá. Helena, que entonces ya tenía catorce años, había trabajado con sus padres en los bosques y a veces también en la mina. A Luzyna habían conseguido alimentarla con sus escasas raciones de comida. Helena todavía recordaba Siberia como un gélido infierno: las temperaturas a veces descendían a cincuenta grados bajo cero. Por las noches, los miembros de la familia se apiñaban los unos contra los otros para mantener el calor; habían tenido que luchar contra el frío, los insectos y el hambre. El padre había fallecido al cabo de medio año a causa de un accidente en la mina. Pero la madre había seguido aferrándose a la vida; incluso cuando apenas podía sostener el hacha y la sierra debido a la tos y la fiebre, ella seguía yendo al bosque a cortar leña. No obstante, pocos meses antes de la liberación también falleció. Helena todavía recordaba cómo ella y Luzyna se habían acurrucado contra su madre

en el estrecho y duro camastro para darle calor. La hermana pequeña, agotada, se había dormido en un momento dado, pero Helena siguió ocupándose de su madre y escuchó con atención su cansina respiración y al final también sus últimas palabras: «¡Cuida de Luzyna, Helena! Ahora tienes que velar por tu hermana. Prométeme que no la dejarás sola... Luzyna merece algo mejor, tiene que mantenerse con vida... sol mío, luz de mis ojos...»

Se lo había prometido al tiempo que se tragaba su antiguo dolor. Otra vez más, la única que importaba era Luzyna: la resplandeciente, el arrebatador angelito de cabellos dorados y ojos celestes, la favorita de toda la familia. Aunque Helena no podía reprochar a sus padres que la hubiesen desatendido. Al contrario, Maria y Janek Grabowski siempre habían prestado mucha atención a sus dos hijas. Fomentaban tanto el interés de la mayor por las lenguas y la literatura como el gusto de la menor por la música y la danza. Helena recordaba muchas de las horas que había pasado estudiando inglés y francés con su madre o leyendo sus libros favoritos con su padre. Pero también se acordaba de cómo se iluminaba el rostro paterno cuando Luzyna aparecía revoloteando como un duende para contar o tocar algo. Todavía distinguía el orgullo en la mirada de su madre la primera vez que la pequeña había tocado en público; a los diez años ya era una buena pianista.

Todos habían felicitado a los Grabowski por tener una hija tan bonita y tan dotada, dejando a Helena al margen.

Nadie los había felicitado por tenerla a ella, Helena. Aunque no carecía de atractivo, no llamaba la atención. Helena Grabowski tenía un cabello castaño y liso que si no lavaba diariamente se veía algo desgreñado. Su rostro era armonioso, los ojos grandes y separados entre sí, pero de un azul porcelana algo aburrido. A diferencia de su hermana menor, que impresionaba a todo el mundo, ella era dócil y conformista.

Tras la muerte de su madre, Helena se había esforzado por mantener su promesa. Había renunciado a una parte todavía mayor de sus escasas raciones de comida y trabajado duramente para alimentar a su hermana. Si no las hubiesen liberado, sin duda ella también habría muerto. Persia había sido la salvación para ambas y Luzyna todavía hablaba entusiasmada del campo de transición de Pahlavi. Por fin había suficiente comida, los niños podían jugar en las cálidas arenas y nadar en las aguas del mar Caspio. Los recuerdos de Helena eran algo más turbios. Le dolía que, debido a las medidas de sanidad, hubiesen quemado las últimas pertenencias de sus padres en la playa. Entre ellas había fotos y cartas, recuerdos irre recuperables. Había contemplado sollozando cómo el viento esparcía las cenizas sobre la playa.

Persia podía ser para Luzyna un paraíso, pero para ella ese país formaba parte de la pesadilla que se había iniciado con el destierro de Leópolis.

Ahora empujaba con todas sus fuerzas la carretilla —todavía estaba demasiado delgada y débil— y procuraba no pensar en el futuro. Se decía que pronto acabaría la guerra. A lo mejor podrían volver a Polonia y recuperar su anterior modo de vida.

Los refugiados esperaban la comida delante del barracón, la mayoría con paciencia y apatía. Los adultos tenían un aspecto consumido y avejentado, incluso si casi todos estaban en la mediana edad. Quien no había llegado joven y resistente a Siberia, no había sobrevivido al cautiverio. Muchos estaban enfermos al llegar a Persia, habían muerto miles en los hospitales de Pahlavi y Teherán por mucho que los médicos persas, indios e ingleses se hubiesen ocupado de ellos. Helena se decía que debería dar gracias al cielo por haberlas salvado a ella y a Luzyna, pero le faltaba la humildad necesaria. No podía creer que Dios realmente hubiera sido bondadoso con ellas. A fin de cuentas, podría haber comenzado por evitar la deportación.

Adam empezó en ese momento a repartir la comida mientras Helena dedicaba una palabra amable a todos aquellos cuyo plato de latón o de aluminio llenaba con un cucharón de gulash y pasta. Luzyna se encontraba casi al final de la fila. Dirigió

a su hermana una sonrisa irresistible cuando le tendió el plato.

—¡Has sido taaaan buena reemplazándome!
—Luzyna tenía una voz suave y diáfana.

Helena hizo una mueca.

—No lo he hecho por ti, sino ¡para que la gente no tuviera que esperar por tu culpa! —le reprochó—. ¿Dónde te habías metido? No has ido al médico, ¿verdad? Todas esas mentiras y escaqueos... ¡estoy empezando a hartarme! ¿Es que nunca piensas en qué habrían dicho nuestros padres de tu comportamiento? Sabes lo responsables que eran mamá y papá. ¡Se habrían avergonzado de ti!

Luzyna se encogió de hombros; en ella, incluso este gesto era grácil. Se había recogido el cabello ondulado en la nuca, y aunque el viejo vestido estaba raído, le quedaba bien. Hacía unos cuantos remiendos a sus prendas y ya le sentaban mejor. Bajo el vestido de muselina se dibujaban unas formas femeninas; Helena comprobó con envidia que, pese a que había cumplido casi diecinueve años, su hermana ya tenía más pecho que ella.

—Mamá y papá están muertos —respondió la pequeña, con arrogancia—. Ya no pueden avergonzarse. Y si todavía vivieran, también tendrían otras cosas que hacer.

Helena asintió con gravedad.

—¡Sin duda! —exclamó—. Nuestro padre traba-

jaría en el campamento de dentista y nuestra madre de profesora. No estarían holgazaneando y...

—¿Disfrutando de la vida? —preguntó Luzyna, rebelde—. ¿Qué tiene eso de malo? Hasta ahora ya hemos pasado suficientes privaciones y trabajado bastante. ¿Por qué no vivir simplemente al día?

—¿Y luego? No nos quedaremos en este campamento eternamente, no te traerán siempre la comida. Más tarde...

—¡Más tarde quizás estemos todos muertos! —replicó Luzyna con impertinencia. Cogió ella misma el cucharón, se sirvió y se dio media vuelta—. Todavía estamos en guerra, quién sabe cómo terminará. Los soldados dicen que los americanos están construyendo un arma con la que puedan quemar todo el mundo. Y los alemanes, lo mismo. Cuando estén listas... ¡bum!

Luzyna hizo un gesto significativo antes de retirarse con su plato. Posiblemente a la cochera de nuevo o al barracón de Kaspar para comer con el joven.

Helena la siguió afligida con la mirada. En realidad, no tenía argumentos con los que contradecirle y su hermana no era la única que adoptaba esa actitud. En el campamento, casi nadie hacía planes de futuro.